



Tiene una vista privilegiada a la costa viñamarina, donde disfruta observar a las gaviotas volar.

María Eliana Christen (85) se lanzó en paracaídas por primera vez cuando era una joven psicóloga... y casi no vive para contarlo. “No tenía fuerzas para abrirlo. Se abrió al último momento, casi al llegar al suelo. Me fracturé el coxis, pero me salvé”, recuerda sin dramatismo, como si el riesgo fuera solo un detalle. Esa experiencia no la detuvo. Volvería a saltar muchas veces más.

Primera mujer paracaidista de la Fuerza Aérea de Chile y fundadora de la Agrupación de Mujeres Pilotos de Chile, Christen hizo del aire su segunda casa. Se especializó en Psicología de Aviación en la NASA en los años 70, cuando almorzar junto a Neil Armstrong y Michael Collins era parte de su rutina. De regreso al país, ayudó a establecer las normas psicológicas para otorgar licencias de piloto y abrió el Departamento de Psicología Aeroespacial de la Fuerza Aérea. Pero no se conformó con eso: en 2004 cruzó el Atlántico en un avión monomotor junto a la alemana Madeleine Dupont, desafiando tormentas y escepticismos, en una arriesgada travesía que duró 76 días.

Hoy, lejos de la cabina de un avión, Christen sigue pilotando su vida con la misma determinación. Trabaja como mediadora en el Tribunal de Familia de Valparaíso y atiende pacientes en su consulta. “Si me quedo acostada mirando televisión no solo se me va a pasar la mañana, se me va a pasar la vida”, dice al otro lado de la pantalla. Quizás ya no vuela sobre océanos, pero su espíritu parece seguir despegando sin límites.

—¿De dónde nace su interés por ser piloto y paracaidista?

“Para entretenerme, mi papá me contaba sus historias de piloto en Suiza. Imaginarme viendo todo desde arriba era como abstraerme de la realidad. Yo he tenido una vida muy dura, Dios me ha aporreado fuerte, pero siempre me ha puesto al lado de alguien que me ha dado la mano para sujetarme. Cuando entré a trabajar a Carabineros me pidieron hacer la selección de los pilotos, pero les dije que cómo iba a hacerlo, si no tenía experiencia volando, y me ofrecieron hacer el curso. Lo encontré mágico. Ahí conocí el mundo de los pilotos y el paracaidismo. Nunca habían preparado a mujeres, así que me creía la muerte”.

—Hay que ser bien corajuda para volver a intentarlo.

“Esa actitud es parte de mi experiencia de vida. Para mí, era más fuerte el placer de saltar, sentir esa adrenalina, que el dolor”.

—Ahora es más común ver a mujeres pilotos o paracaidistas. ¿Se enfrentó a algún prejuicio en aquella época?

“Una vez me presenté para ser piloto de LAN, pero cuando supieron que era mujer me dijeron que nadie se iba a atrever a viajar en un avión pilotado por mí. Me dio una rabia. Así que para consolarme me pidieron enseñarles a los pilotos a comunicarse con los pasajeros, porque en esa época no hablaban. Aunque ahora pienso que no me hubiera gustado ser piloto comercial. A mí me gusta ser Juan Salvador Gaviota, volar en mi avión y

María Eliana Christen (85), primera mujer paracaidista de la Fuerza Aérea:

“La vida es como un tren. Si no te desafías, si no aprendes nuevas tecnologías, te quedas abajo”

Pionera de la psicología aeroespacial en Chile, a los 64 años se subió a un avión monomotor y cruzó el Atlántico con una amiga, una hazaña sin precedentes. Hoy, dedicada a la mediación, asegura: “Tener una vida extraordinaria es una cuestión de entusiasmo”.

María Florencia Polanco

aterrizar en cualquier parte”.

—Le gusta la adrenalina...

“Sí, porque para mí volar es salir de lo terrestre y ver todo desde arriba, desde otra dimensión. Las casas, las calles, las personas se ven chiquititas. Todo cambia. Es sentir que eres libre, eso que tanto ansiamos”.

—¿Y sigue volando?

“No. En la pandemia dejé de volar, porque la seguridad se comió la libertad. Y ahora te tienen muy controlada. En mi tiempo no existían los radares, comunicabas que ibas a volar, a qué hora ibas a volver y si no lo hacías avisabas. Nadie sabía dónde andabas. Ahora, tie-

nes que informarlo todo, no eres libre, estás perseguida. Perdió todo el atractivo”.

—¿Cómo suple ese deseo de adrenalina?

“Llega un momento en la vida en la que te vas calmando y encuentras otra manera de disfrutar la vida. Para mí, lo más importante es mi trabajo, siento que Dios me ha dado una oportunidad inmensa de ayudar a las personas, y mi marido”.

—¿Qué la motiva a mantenerse activa laboralmente todavía?

“El hecho de que siento que la vida es como un tren. Si no te desafías, si no aprendes nuevas tecnologías, te quedas abajo”.

—¿Qué tecnologías usa?

“Trato de usarlas todas, incluso la inteligencia artificial. Antes, si necesitabas leer un *paper* tenías que ir a una biblioteca y te lo tenían en tres meses. Ahora lo encuentras en Google y ChatGPT te hace un resumen”.

—¿De qué depende que las personas se mantengan vigentes como usted?

“Creo que si fuera empleada, no podría trabajar a estas alturas. A los 60 años, por ley, te sacan. Mi profesión y trabajar de forma inde-



Christen y Dupont fueron condecoradas por la Fuerza Aérea por su aporte a la aeronáutica civil.

pendiente, en ese sentido, es una ventaja. Una de las figuras más importantes para mí fue mi terapeuta, la Lola Hoffmann, que murió a los 84 años y siempre se mantuvo vigente. Aprendí de ella”.

—¿Y tiene alguna rutina de autocuidado?

“Hago meditación y trabajo mucho con mi respiración. Durante las mediaciones, a veces las parejas están cargadas de rabia, y eso agota. Así que antes de partir me relajo, respiro profundo y me dispongo a escuchar”.

El que ríe último, ríe mejor

—¿Cómo se les ocurrió la idea de atravesar el Atlántico en un avión monomotor?

“Cuando volví a Chile (después de vivir en Francia y Portugal), se habían cumplido 100 años de la hazaña de los hermanos Wright (pioneros de la aviación estadounidense). Y le dije a Madeleine (Dupont) que teníamos que hacer algo especial, porque gracias a esos hombres habíamos conocido la maravilla de volar. Ahí pensé, si mi papá había venido como piloto desde Suiza a Chile, ¿por qué no demostrar que de acá para allá se podía hacer lo mismo? Teníamos muy poca probabilidad de tener éxito, pero estábamos convencidas de que íbamos a lograrlo. Hasta hoy, nadie más ha atravesado el Atlántico en monomotor”.

—¿Quién les puso las “abuelas voladoras”? Suena despectivo.

“El diario El Clarín. Nos pusieron así para reírse, porque nadie creía en nosotras”.

Eso sí, finalmente, terminaron por adoptar el apodo. “Cuando volvimos, me di cuenta de que si decía ‘soy María Eliana Christen’ nadie sabía quién era, en cambio, si decía que era una de las ‘abuelas voladoras’ todo el mundo me identificaba”, explica.

“El que ríe último, ríe mejor”, dice el antiguo refrán.

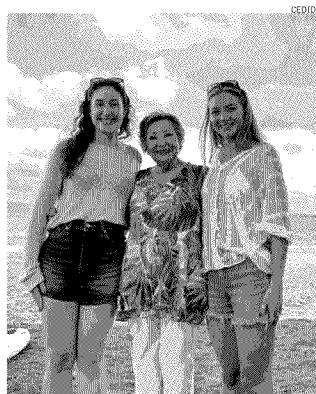
—Derrumbaron más de un estereotipo con



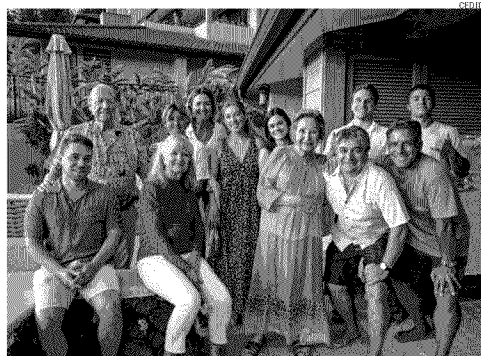
Christen fue terapeuta de Madeleine Dupont y la impulsó a cumplir su sueño de ser piloto.

100
LM
Líderes Mayores

RECONOCIMIENTO
ANUAL A PERSONAS
75+ QUE IMPACTAN
EN LA SOCIEDAD



La piloto y psicóloga de aviación con sus nietas Nathalie y Paloma.



María Eliana con sus hijos y nietos en Hawái.

esa cruzada aérea.

“Sí. Éramos dos mujeres, dos mayores, cruzando la cordillera de los Andes y el Atlántico en un monomotor. Todo eso junto, era algo que nunca se había hecho”.

—Hoy en día las mujeres ocupan más espacios que antes. ¿Cómo lo ve?

“Tengo una actitud dual. A mí nunca me facilitaron nada por ser mujer, pero tampoco me impidieron nada. Me carga cuando dicen ‘hay tantos hombres, entonces, tiene que haber tantas mujeres’. Siento que tenemos que ganarnos los cargos en igualdad de condiciones, porque somos tan capaces como los hombres. No creo en que te tengan que elegir solo por el hecho de ser mujer. Las personas pueden llegar a donde quieran, pero esforzándose, trabajando y dedicándose”.

—¿Qué recuerda de esa travesía?

“Todo lo que vivimos: los llantos, las angustias, las despedidas, todo lo que significó ese viaje. Si ahora me preguntas si fui valien-

te, no tengo ninguna vergüenza en decirte que fui muy valiente”.

—¿Vivieron momentos de tensión?

“Terribles. No se pueden narrar. No te imaginas el terror y las situaciones angustiantes que vivimos. El viento nos zamarreaba de un lado para el otro y el avión era chiquitito. Éramos como una cáscara de nuez en medio de una tormenta”.

—¿No pensaron en abortar la misión?

“Jamás. Teníamos los ojos puestos en la meta, así que ni se nos ocurrió esa opción”.

—Dice que nadie creía en ustedes. ¿Qué sintió al aterrizar y pensar “lo hice”?

“Cuando llegamos al aeródromo de Tobalaba, salimos del avión con la bandera chilena que nos había entregado el Presidente Lagos y nos dimos un abrazo. Todavía me emociona recordarlo. Justo en ese momento, el Orfeón de la Fuerza Aérea empezó a tocar el himno. Sentir que te tiemblan las rodillas, que estás a punto de desmayarte y la canción nacional, todo unido, realmente impacta”.

—Imagino que para atreverse a hacer una

hazaña de esa envergadura no hay que tenerle miedo a la muerte.

“¿Y qué temor le vas a tener a la muerte, si naces para morirte, es algo que te va a llegar? Y para mí, que perdí a una hija, la muerte es una esperanza de encuentro con ella. No tiene un significado terrible, es cambiar de estado”.

—¿Y le teme a envejecer?

“No tengo idea, porque todavía no lo siento. Cuando me miro al espejo me doy cuenta de que han pa-

sado los años, pero me sigo sintiendo igual que siempre. Físicamente no soy la misma de antes, tengo tres prótesis en la cadera gracias al paracaidismo, pero siento que es tan maravilloso nuestro ser, que no te dan ganas de hacer lo que no puedes hacer. A mí me fascinaba esquiar en la nieve, hacer windsurf, surf, pero ahora me da lata, no se me ocurriría hacerlo”.

—¿Qué disfruta hacer ahora?

“Me encanta la música, meditar y contemplar. Tengo una vista maravillosa de todo el océano. Me fascina ver las gaviotas o los delfines que pasan”.

—¿Cree que está cambiando la forma en la que se percibe la idea de envejecer?

“Se ha avanzado muchísimo, gracias a esto mismo que hacen ustedes. Es fascinante leer lo que otras personas mayores están haciendo. Te vas dando cuenta de que cada vez somos más. Tener una vida extraordinaria es una cuestión de entusiasmo, ganas de vivir y de estar vigente”.